

Certamen poético
en homenaje a Vasco Núñez de Balboa

INFORME DEL JURADO

SEÑOR RECTOR:

Cumplimos el honroso encargo de manifestar a usted nuestro juicio acerca de los trabajos presentados al certámen poético abierto por la Universidad de Chile en homenaje a la memoria de Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur.

Concurrieron al certamen 10 composiciones, firmadas, respectivamente, con los seudónimos LAURO, ARAUCO, POSEIDON, HUMILDÍSIMO, HISPANUS, S. DEL CAMPO, PAX, SIMONIDES, AMÉRICO y CULTOR MINERVAE.

Llamó, desde la primera lectura, nuestra atención el canto lírico firmado por AMÉRICO. Es una poesía vigorosa de gran valor descriptivo, escrita en versos fáciles y sonoros, llena de inspiración y sano entusiasmo. Su vocabulario es escogido, sin ser rebuscado. Hay en el curso de la composición un

animado retrato de Vasco Núñez de Balboa, y una alusión muy oportuna a la grandiosa obra de la apertura del Istmo de Panamá.

Responde, nos parece, este canto, mejor que otro alguno de los presentados, al propósito universitario de rendir un homenaje poético al descubridor del Mar del Sur.

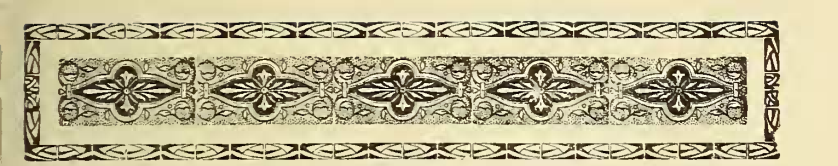
Con muchas de las condiciones que avaloran la producción anterior, la composición de CULTOR MINERVAE revela un mayor esfuerzo en la labor métrica, que acaso le haya hecho perder parte de su espontaneidad. Nótase, además, en la poesía cierta insistencia en algunos detalles que, sin duda, podrían haber sido tratados más ligeramente. En todo caso, este trabajo es, a juicio de la comisión, digno de una distinción especial.

Aunque algunos de los otros trabajos revelan en sus autores ciertas plausibles disposiciones, tales como los firmados, por ARAUCO, y por POSEIDON, son todas de un mérito literario muy inferior.

En conclusión, proponemos: 1.º Dar el premio de 1,000 pesos ofrecido en el certamen Vasco Núñez de Balboa, al autor del canto lírico firmado por AMÉRICO.

2.º Otorgar una especial distinción que podría consistir en un diploma, al autor de la poesía firmada por CULTOR MINERVAE.

Abierto los sobres respectivos, resultó autor de ambos trabajos el señor don Samuel A. Lillo. Saludan atentamente a usted.—(Firmados).—*Luis Barros Borgoño.—Francisco A Concha Castillo.—Arcadio Ducoing*».



A Vasco Núñez de Balboa

CANTO LÍRICO

Si en la noche los búfalos salvajes
el remanso atraviesan de repente,
turbando con sus cascos los oleajes
de la dormida fuente,
y borrando la imagen luminosa
de la luna que brilla temblorosa,
como una flor de plata, en la corriente,
el agua mansa tórnase bravía,
inquieta y turbia y se levanta, airada;
mas, luego que se aleja la manada,
de nuevo al cielo dulcemente envía
la imagen de la luna tembladora,
incierta como el tinte que anunciara
una pálida aurora,

y después con el límpido y seguro
resplandor de un diamante que brillara
en el engaste de su fondo oscuro.

Así en la humanidad, banda inconsciente
o, a las veces, proterva
suele pasar turbando la corriente
que refleja la gloria
de algún héroe de Marte o de Minerva;
y, cuando ya no se oyen las lejanas
pisadas de las idas caravanas,
en las serenidades de la historia,
como la flor de plata del remanso,
resurge limpia y clara
la ínclita memoria
que el tropel de las turbas pisoteara.

También, tras luengos años,
sobre esta noble tierra colombina,
libre ya de prejuicios y de engaños,
aparece la gloria que ilumina
¡oh! infortunado capitán ibero,
tu figura romántica y extraña
tumbada por la envidia,
porque glorias y reinos diste a España
y porque, vencedor en cruenta lidia,
tu empuje sobrehumano
logró sacar del báratro profundo
un gigantesco oceano
que duplicó la magnitud del mundo.

Fué un espíritu audaz y aventurero
de alas de cóndor y ojos de milano,
mezcla de espadachín y caballero,
con arranques de hidalgo castellano.

Partió desde el Darién con su mesnada
siguiendo su fantástica quimera
y, venciendo la selva desolada
ascendió a la gigante cordillera,
ora trepando por abruptos flancos
que ni las alimañas alcanzaban,
ora saltando lóbregos barrancos
de rápidas pendientes
entre cuyos pedruscos entonaban
sus canciones salvajes los torrentes;
cruzó lagunas, desbordados ríos
y pantanos boscosos
poblados de caimanes y serpientes,
y luchó con indígenas bravíos
que arrojaban sus dardos venenosos
como nubes de insectos zumbadores,
miéntras bandas de buitres colosales
de fuertes garras y ojos avizores,
prontos tal vez a defender sus nidos,
bajaban de sus altos peñascales
arrojando coléricos graznidos.

Ved en la cima al héroe victorioso:
su porte agigantado por su hazaña
es el de un dios heleno que, orgulloso,

tiene por pedestal una montaña,
y por palio soberbio, allá en la altura,
un nuevo cielo, cuyo sol fulgura
mirándose suspenso
en el limpio metal de su armadura,
en tanto que a sus pies el mar inmenso,
que en sus noches de duda solo fuera
vision de insomnios o febril quimera,
desde el hondo barranco ribereño
parece que levanta, en homenaje
de su futuro dueño,
los formidables cantos de su oleaje.

¡Con qué éxtasis profundo vió el guerrero
aquel enorme llano
que iba a ser pronto un nuevo derrotero
para el esfuerzo humano;
aquel mar de movibles esmeraldas,
que aun no había sentido, sobre el arco
de sus bravas espaldas,
la quilla cortadora de algún barco!

Y te viste ¡oh! gran Vasco, ya, guiado
por la lumbre del sol y las estrellas,
sobre él, buscando las ansiadas huellas
de otro mundo recóndito, habitado
por cien pueblos de razas altaneras,
que residían en ciudades de oro
a los pies de gigantes cordilleras

y que eran, desde tiempos seculares,
por obra de su grey y su tesoro,
señores de la tierra y de los mares.

Dadme luz y colores
para evocar la escena en que el brillante
paladín descendió de los alcores
y, blandiendo su espada fulgurante,
paróse ante el incógnito oceano,
y en la virgen arena de su orilla
fué a clavar, con un gesto soberano,
el glorioso estandarte de Castilla.

Y cien olas, salidas de la bruma,
se acercaron, rodando apresuradas,
irguiendo sus cabezas coronadas
de albos penachos de flotante espuma,
cual si anhelaran ver por un instante
al pálido viajero,
al primer mensajero
que, de zona distante,
por sobre el alto murallón roquero,
les enviaban las olas del Atlante.

Alzóse el mar airado,
sacudiendo a los vientos la cabeza,
al sentir desafiada su braveza
hasta en su mismo reino nunca hollado;
huraño se encogió; luego, admirado

ante la majestad de tal proeza,
deshizo las oleadas de su saña
y se tendió, como otro león domado,
bajo la planta del gran león de España.

Y en tanto ¡oh! Vasco Núñez, que sonaba
el eco poderoso de tu acento,
como un clarín de guerra que ahogaba
las voces de las olas y del viento,
las bandadas de alciones y gaviotas
revolaron en torno a tus banderas
y, alzando el coro de sus roncas notas;
partieron en enjambres voladores,
anunciando en las vírgenes riberas
el paso de los dioses invasores.
Mas, cuando ya la emprendedora armada,
que arrancaste a los bosques comarcanos,
batía los pendones castellanos
pronta a hender el cristal de la llanada,
una voz, que vibró en tu pensamiento,
como un lúgubre toque de agonía,
descendió desde la alta serranía
que, palmo a palmo, conquistó tu lanza,
y, en pleno ensueño, te anunció el momento
final de tu esperanza.

¿Cómo cayó en el lazo su alma brava,
hecha para la astucia y los ardides
y templada a los golpes de la clava
y al fuego de los bronces en las lides?....

Tal vez desde la altura
a que en pos de su ideal se remontara,
libre de mezquindad y de amargura,
no alcanzó a divisar la red oscura
que abajo la maldad le preparara;
o acaso, deslumbrado por la vana
aureola de la gloria
que en su nimbo fulgente lo envolvía,
no vió el abismo que la envidia humana
junto a sus plantas, pérfida, le abría.

No sólo fué inhumano
contigo, sino irónico el destino,
al darte por esbirro al mismo hispano
ambicioso y audaz que, con más suerte,
vencedor de la envidia y de la muerte,
más tarde halló el camino
que tu mar generoso te ofrecía
para llevarte un día
hacia el soñado imperio
de los hijos del Sol, que en el misterio
de los mares del trópico dormía.

Tu patíbulo alzaron
al otro lado de la gran montaña,
y de tu ansiado mar te separaron
con torpe argucia y con falaz patraña;
porque tal vez sus olas justicieras,
en el ronco estallido de su saña,

habrían asaltado las riberas
y, barriendo verdugos y opresores,
te habrían arrastrado a tus galeras
en sus blancos corceles triunfadores.

Hoy nuevas razas de hombres formidables,
rudos titanes y modernos cresos,
del norte han descendido
y en tu ignorada tumba han removido
el polvo de tus huesos,
no al filo de sus sables
ni al hórrido estampido
de sus monstruos de guerra,
sino a golpes de combos y de azadas,
para romper los muros de la sierra
que impedían la unión de sus oleadas
a los mares más grandes de la tierra.

¡Con qué emoción tu espíritu gigante
seguiría en la tierra colombiana
la senda que, triunfante,
iba abriendo la recia caravana
sobre el mismo lugar que consagraste
con tu hazaña fantástica y regaste
con la fecunda sangre castellana!
Ya veo tu figura en bronce y oro,
por un genial artista modelada,
de pie sobre un excelso monumento:
su preciado metal será un tesoro
fundido por la inmensa llamarada

del mismo pensamiento
de paz y amor que, tras la lucha homérica,
hoy junta, sin recelo ni desmayo,
a los jóvenes pueblos de la América
con los hijos del Cid y de Pelayo.

Y se alzará a la vera
de la nueva corriente
que, como un manso y fecundante río,
va a convertir, en breve, la ribera
de su anchuroso mar en un creciente
emporio de riqueza y poderío.
Besado por el viento ribereño,
mirará al Mar del Sur, desde el ribazo,
el paladín que fué su primer dueño.
Y ora brillando al sol, o ante el abrazo
de la marina niebla estremecido,
coronado de pálidas aureolas
por la espuma del mar agradecido,
eternamente escuchará el bramido
de la épica trompa de sus olas.

SAMUEL A. LILLO
(Américo)



Canto a Vasco Núñez de Balboa

Canto al gran Vasco Núñez, al formidable hispano
que fué un andino cóndor que, en vuelo soberano
por sobre las salvajes cumbres de su riscal,
fué a rozar con las puntas de sus alas triunfantes
las ondas que elevaban sus crestas espumantes
en la virgen llanura del nuevo Mar Austral.

No fué como los otros capitanes de guerra
que, en busca de la fama, vinieron a esta tierra
con su espada al servicio de su patria y su Dios:
llegó a este Nuevo Mundo como un encomendero,
y fué un azor de glorias y un paladín guerrero,
conquistador de mares que a todos eclipsó.

El caudillo va al frente de su brava mesnada
con la rodela al brazo y en la diestra la espada;
bizarra es su apostura; resuelto, su ademán.
Cuando él va a la cabeza, su tropa va segura:
con él cruza la selva, desciende a la llanura,
arrolla las indiadas y escala hasta el volcán.

Unos al hombro llevan los tubos misteriosos
que arrojan con el rayo los truenos pavorosos
que asordan con sus ecos la vasta soledad;
otros la banda esclava, que con su carga avanza,
empujan impacientes con la aguzada lanza
o algún enorme alano llevan por el dogal.

Los gigantescos perros huraños y bravíos,
los cazadores de hombres, cuyos cuerpos sombríos
son, como el toro, fuertes; listos como el jaguar;
en vano ante ellos huyen medrosos los salvajes:
asaltan la espesura, sacuden los ramajes,
revuelven, olfatean y con su presa dan.

Al verlos junto al amo sumisos como niños,
sensibles a las voces de halagos y cariños.
los indios los creyeron, en su inocente fe,
espíritus malignos, en bestias encarnados
que, en pago de algún crimen de sus antepasados,
el jefe de los dioses trajo también con él.

Fué larga la jornada; fué dura la batalla
para tomar las torres de la inmensa muralla
que en medio de dos mares el cielo levantó;

y pudo ver entonces esta tierra asombrada
que en América o Flandes no resistió ya nada
al ciclópico empuje de la hispana legión.

De improviso, caían de los cerros boscosos
mortíferas nubadas de dardos ponzoñosos
que en los cascos fingían sonoro granizal;
y luego se escuchaban correr por los boscajes
las traíllas de perros en pos de los salvajes,
cubriendo los lamentos con su alegre ladrar.

Cruzaron en su marcha los férvidos torrentes,
los pedregosos riscos y los valles ardientes
envueltos por las redes de espeso malezal.
Y se hundieron sus hombres en charcas traicioneras
que en la yerba ocultaban sus hondas tembladeras
como las anchas fauces de una bestia voraz.

Y los días pasaron; las ciénagas crecían,
los bosques se intrincaban y los ríos tendían
cada vez nuevos brazos de plata y de zafir;
y siempre la silueta de algún lejano monte
hacia el sur estrechaba su ruedo al horizonte,
como un monstruo que alzara su borroso perfil.

Rebosando esperanzas, con el alma impaciente,
se adelantó una tarde; subió por la pendiente
de un escarpado cerro, y allá arriba tendió
hacia el cielo las manos,y, con alegres señas
y gritos que sonaron como himnos en las peñas,
a sus huestes cansadas a la cumbre llamó.

Y cuando, vencedoras de abismos y volcanes,
a esta postrera altura, meta de sus afanes,
las fatigadas tropas arriban a su vez
¡El mar! el mar! exclaman, y su sonoro acento
bajando las pendientes, llevado por el viento,
es el primer saludo de la atrevida grey.

En tanto se alborota la entusiasmada gente
y las turbas de perros ladran alegremente
al monstruo que en la hondura dormita bajo el sol,
y estremecidos oyen los próximos ribazos,
cual eco de fantásticos tambores, los hachazos,
de los que están alzando ya el signo redentor,

el héroe victorioso de pie sobre un peñasco,
apoyado en su lanza y echado atrás el casco,
contempla la infinita llanura de aquel mar;
y piensa en las riquezas de los vastos imperios
y en las nuevas comarcas pobladas de misterios
que indomables guerreros tal vez defenderán.

¡Con qué arranques de orgullo, presencia desde el [monte
abrirse el cortinaje de aquel nuevo horizonte
que su esfuerzo ha creado para el genio español!
Y cuando en triunfo surque sus dilatados llanos,
por él serán señores los reyes castellanos
del imperio más grande que haya alumbrado el sol.

Sobre la enhiesta loma ya está la cruz plantada:
de dos rústicos troncos la hizo la mesnada

con sus brazos tendidos hacia la inmensidad,
para indicar con ellos el hijo de Castilla
que no sólo blandía la lanza y la cuchilla,
sino que también era misionero de paz.

Y cuando el sol ya baja su regia frente roja
y hacia los altos cerros, como un adiós, arroja
el último destello de su divina luz,
dejando los guerreros su bárbara fiereza,
postrados de rodillas, desnuda la cabeza,
oran agradecidos en torno de la cruz.

Ya por fin realizaste tu soñada quimera;
y, lleno de ardimiento, te alzas en la ribera,
besado por los vientos del nuevo Mar Austral.
Va hinchando dulcemente las aguas la marea:
parece que el gigante sorprendido desea
tu vencedora imagen guardar en su cristal.

Mas luego de las rocas resuelto te levantas
y, poniendo en las olas tus triunfadoras plantas,
como sobre los lomos de un inquieto león,
avanzas mar adentro, blandiendo en una mano
desplegado el glorioso pabellón castellano
y en la otra, tu espada, como un rayo de sol.

Paréceme que escucho los épicos acentos
que por mares y tierras derramaron los vientos,
cuando sobre las aguas elevaste tu voz
para decir al mundo que cuanto este mar baña,
islas y continentes, eran tierras que España
por siempre cubriría con su regio pendón,

¿Quién dió a tu clara mente la fuerza tan extraña
que hizo brotar navíos dentro de la montaña
al filo de las hachas y al golpe del cincel?
¿Y quién dotó a tu gente de tal vigor de brazos
para arrastrar sus cascos y, desde los ribazos,
soltarlos como cisnes que un lago van a hender?

Inútil fué que al cielo, como airadas protestas,
levantara el océano sus espumantes crestas
y arrojara sus broncos rugidos de dolor
al sentir en sus dombos, como agudas cuchillas
que herían sus entrañas, las afiladas quillas
y las cortantes proras del marino escuadrón.

¡Qué hermosa tu esperanza! Ya listos los mosquetes,
ondeantes en los mástiles los regios gallardetes,
las velas desplegadas, como alas de un alcón,
y tú sobre la proa, cual desde una atalaya,
tendiendo las miradas a la remota playa
del Mar Austral que nunca turbara un invasor.

Entre tanto en la opuesta falda de la montaña,
en donde concebiste la idea de tu hazaña,
sus lazos preparaban la envidia y la maldad.
Y un día, como siempre, generoso y confiado,
bajaste de tu barca para ir desarmado
a entregarte en las manos de tu feroz rival.

Era tanta la fuerza de tu infantil confianza
que, al subir por las sierras y ver en lontananza
el grupo de tus naves y tu bandera ondear,

jamás cruzó la idea por tu serena mente
de que no volverías a ver tu brava gente
ni a oir sobre tus barcos los cánticos del mar.

Tus émulos rabiosos sobre ti se arrojaron,
como bandas de lobos hambrientos que lograron
sorprender algún toro por fuera del redil.
Tu dignidad vejaron, y tu altiva figura,
que no sintió otros hierros que los de su armadura,
se irguió más alta al peso de la cadena vil.

Los odios y la envidía sólo vieron delitos
en donde palpitaban anhelos infinitos
por alcanzar el término de una senda triunfal;
y enredaron serpientes al pie del caminante
para tumbarlo, aleves, en el ansiado instante
en que ya de la gloria trasponía el umbral.

Sin piedad lo juzgaron: sus faltas juveniles
con su existencia nueva, sus empresas viriles,
con su esfuerzo y su sangre noblemente pagó.
Y si aún quedaban manchas en su alma de vidente,
las borraron el día que besaron su frente
las espumantes olas del mar que descubrió.

Camino del cadalso detiénese el guerrero,
porque oye a sus espaldas gritar al pregonero
llamándolo vasallo traidor y desleal.
Indignado, se vuelve con la misma presteza
con que se revolvía, tumbando en la maleza
al indio que golpeaba su ferrado espaldar.

Su frente se colora, sacude la cadena
y con vibrante acento que en la plaza resuena
como cuando al ataque mandaba su escuadrón,
«Eso es mentira, exclama, compañeros de guerra,
mi falta sólo ha sido doblar en mar y tierra
el poder y la gloria de mi rey y señor!»

Y sin su brava hueste que confiada lo espera,
mirando a la montaña que oculta la ribera
en donde todavía flamea su pendón,
bajo aquel mismo cielo que cubrió su victoria,
entrega su figura combatida a la historia
y al verdugo su cuello que a nadie doblegó.

Antes de que se extingan los últimos destellos
de aquel aciago día, cuelgan por los cabellos
en la punta de un tronco su cabeza genial.
La envidia vencedora ya puede estar tranquila,
porque esa ruda testa que a los vientos oscila
con imperios y mares no volverá a soñar.

Y en la noche, su alano bañado por la oscura
sangre que, como un llanto gotea de la altura,
junto al tronco, en las sombras aulla de dolor.
Llenan sus alaridos las selvas solitarias
y cree, al escucharlos, en su lecho Pedrarias
oir de su conciencia la acusadora voz.

SAMUEL A. LILLO,
(Cultor Minervas).

